G. PRIETO

MUSA CALLEJE

PQ7297
.P8
M8
1883

1020028325

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

MUSA CALLEJERA

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

MUSA CALLEJERA

Poesías festivas nacionales

POR

FIDEL

(GUILLERMO PRIETO)

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Segunda edición hecha por *El Diario del Hogar*, corregida y aumentada con más de cincuenta nuevas producciones inéditas, por el autor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
100133

MEXICO
Tipografía Literaria de Filomeno Mata
San Andrés y Betlemitas 8 y 9
1883

32328

M861

PQ7297
.P8
M8
1883

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A GUILLERMO PRIETO

HERMANO:

Hoy se ha eclipsado para tí la estrella de tu buena ventura.

Querias, y con justicia, que al hacerse la segunda edicion de tus versos, fueran éstos precedidos de un prólogo de Ignacio M. Altamirano.

Pero esto no ha sido posible, porque el erudito escritor, ocupado tal vez de otra obra, necesitaba algun tiempo para escribir la introduccion de tu libro; el pórtico tenia que ser digno del admirable monumento que has levantado á la literatura nacional.

Y como el público está impaciente por leer tus versos, y el Editor no podia aplazar su oferta de darlos á luz, no quedaban más que dos caminos: ó se daban al cajista sin introduccion alguna, ó se encomendaba ésta al que estuviera más á la mano.

Ese era yo: ya ves que el dia en que aconteció esto no lo puedes señalar con una lápida blanca en tu senda de gloria.

¿Sabes por qué, conociendo esto y apreciando lo que perdias en el cambio acometí la empresa?

Porque nadie lee los prólogos, y mucho ménos los que yo escriba. Haz de cuenta que tu obra nada lleva en su carátula, y que quien la lea, pasando rápidamente estas primeras hojas, llega á contemplar admirado ese horizonte de luz que creó tu genio, esa espléndida aurora que brotó de tu alma de poeta.

Porque tus poesías, Guillermo, son una magnífica salida de sol.

Y me pesa que Altamirano no haya podido escribir un estudio sobre ellas, porque siento una curiosidad insaciable

por saber qué siente con tus estrofas y qué piensa de ellas nuestro gran literato.

¿En qué género de literatura hubiera colocado tus producciones?

Quisiera yo tener su vasta erudicion para poder suplirlo aquí ventajosamente: pero agotando mis pobres recuerdos históricos, esprimiendo mis cortas lecturas, yo no encuentro ni en el pasado, ni en el presente, un género de arte adonde clasificar el tuyo.

Dejemos, Guillermo, esas majestuosas poesías de la India donde se enseñaba la más absurda teogonía, donde la idea del dios único estaba envuelta en mil encarnaciones, en el perpetuo *avatar* de donde se produjo el politeismo.

La flor de loto saliendo de un mar, en cuyas ondas de cristal se mece, encierra en su cáliz á Bracma niño aunque duerme con el dedo pulgar en la boca; pero el Dios crece hasta el cielo; interroga quién es el Dios conservador de lo criado, y brota de sus labios el espíritu azul, el *yo*, el *Verbo*, que cons-

tituye la segunda encarnacion, como en la trinidad cristiana.

El huevo de oro roto en la última *calpa*, la azucena acuática, los elefantes, los dioses, todo el caos teológico de la poesía india, adonde mejor que en la poesía mosáica están indicados los períodos genésicos de la tierra, todo el panteismo de los poemas del Thibet, nada tienen de semejanza con tu libro que tengo á la vista.

Pasemos adelante, para que no se diga que he hecho estas referencia pretendiendo aparecer como erudito, cuando busco tan sólo adónde encontraste las primeras fuentes de tu inspiracion.

¿Sería en el arte egipcio, el primogenito de la civilizacion salida de las faldas de Himalaya?

Ese pueblo que no adoraba más que á la Muerte, con sus geroglíficos donde la estética griega encontró más tarde el bajo-relieve y la estatuaria, ese pueblo tan religioso, tan sério y tan sin imaginacion, no dejó más que sus moles de piedra cortadas por el triángulo

divino, y bajo las cuales sepultaba á un rey ó á un buey; todo es igual.

Sobre el floron de mármol brotado en las costas del Mediterráneo y que se llama la Grecia, zumbaron como las abejas que libaban la miel hiblea millares de poetas dulcísimos cuyos cánticos ondulan todavía en el espacio de los tiempos, sin que hayan podido arrebatarlos las tempestades de los siglos.

Mira, Guillermo, cómo sí nos hace falta Altamirano: él, que se sabe de memoria los clásicos griegos, ya habria encontrado á cuál de ellos te semejas al cantar las glorias de tu patria, y á quién has seguido en tus valientes himnos.

Los primeros poetas de la Grecia, como sucede en los pueblos que comienzan á formarse, no hicieron más que inventar dioses en sus himnos: Lino, Orfeo, Amfion, Eumolpo, Melampo y Museo no fueron más que sacerdotes fundadores del politeismo.

Despues de la religion debia venir la moral, por eso vemos los versos do

rados de Ptágoras cantarse en las solemnidades públicas.

La Grecia guerrera, la Grecia que en Troya aprendió á conocer su fuerza, mezclaba en sus combates y sus odios á los dioses: Homero canta entónces las glorias del Olimpo y las glorias nacionales.

Despues vino Hesiodo, el cantor de la cabaña y del hogar, y despues un silencio de dos siglos, durante el cual sólo surgen algunos poetas que modelaban sus cánticos por los de sus antecesores, y cuyas obras se perdieron como se pierden siempre las imitaciones en la literatura, y las copias en las artes.

Siguió el período de los gramáticos y de los retóricos: Stesicoro cortando la oda en estrofas y épodos, Calino dando la medida de la elegía, Arion descubriendo el ditirambo, ninguno de éstos pudo darte, Guillermo, esa riqueza de imágenes que hay en tus versos líricos.

Un cantor popular tuvo la Grecia,

Terpandro, cuyos versos cantaban hasta los segadores y las nodrizas; pero calcados al carácter del pueblo griego, no son adoptables en su forma ni en su carácter á nuestra poesía propia.

Tú no has escrito escolias como escribian los griegos para cantarlas en sus banquetes, con un ramo de oliva en la mano. No de tí, sino mas bien de Beranger se puede decir, que si no hacia himnos como los de Harmodio, ó canciones como las de Anacreonte y Alemeno, sí tenia en sus versos, como Mimnermo, la indolente filosofía del placer.

Sin libros y escribiendo rápidamente cuartillas de papel que me recoge el cajista luego que están llenas con la pésima letra que forma mi mano paralizada, no puedo precisar bien mis recuerdos históricos; pero me parece que he llegado á la época de Píndaro, con quien muchas veces te han comparado tus admiradores.

Eso es, Guillermo, citar un nombre

célebre y hasta eufónico, pero sin conocer bien al poeta que lo llevó.

Habia pasado la guerra médica; los combates contra los Persas que habian despertado el espíritu helénico más levantado, habian concluido ya, y la epopeya, que entónces llegó á su mayor auge, comenzó á perder su valor.

Píndaro, el poeta dórico por exelencia, apareció entónces: pero Píndaro, sospechado de afecto al extranjero, y de adicto al enemigo de la patria, no es un poeta lírico en la verdadera ascepcion de la palabra: no hay en él inspiracion, sino imaginacion: es el descriptor sublime de los vicios y hábitos de la aristocracia, el narrador de las proezas de los antepasados, y el historiador de las fábulas y tradiciones.

En tu musa, Guillermo, hay dos géneros enteramente distintos y que solo tu gran genio podia abarcar.

Si te inspira el sentimiento nacional, traduces las santas pasiones de la patria, llonas con los dolores de ésta, lanzas un grito de combate en sus peligros,

y levantas un himno de gloria en sus triunfos: entónces eres el mejor de nuestros poetas épicos.

Si te inspira el sentimiento individual, viertes una cascada de caricias sobre la esposa querida de tu alma, y cantas el rayo del sol poniente que ribetea el borde de la nube, el ramo de sauce que mece en dulce vaiven la fugitiva onda del arroyo, y el astro de la noche que se oculta enviando el último haz de su luz de plata á la aguja del campanario: entónces eres el más dulce de nuestros poetas líricos.

Despues de Píndaro, nace y crece con un desarrollo sorprendente el arte dramático: tú, Guillermo, jamás has escrito para el teatro, porque eres muy poeta para saber conocer el corazon humano.

Y perdona que desista de seguir estudiando las literaturas, y de ir buscando analogías entre tí y los poetas de otros tiempos y de otros pueblos.

Segun Wolff, están clasificadas como obras clásicas, sin contar las de los au-

tores sagrados, mil seiscientas, de las cuales mil doscientas pertenecen á la Grecia. Tú comprenderás si será fácil que haga yo un estudio sobre tan inmenso material cuando ni lo conozco, ni este prólogo me daria espacio suficiente para ello

En esta empresa sólo una cosa clásica daría á conocer á nuestros lectores, mi ignorancia.

Privado, pues, como estoy de todo elemento de erudicion, no me queda más que dejar que sin preparacion alguna se lea tu obra, que bien merece la esbelta portada jónica que debió levantarle Altamirano.

Pero si me falta erudicion, me sobra el sentimiento: es decir, que tengo lo que basta para leerte y comprenderte.

Porque á tí, Guillermo, como á todos los grandes poetas, se debe leer con el alma: el verso que no encuentra un eco en el corazon no penetra en las masas, muere entre las aprensadas hojas de un libro como las flores de un herbario, y no pasa á la posteridad.

Quisiera cortar aquí este prólogo, porque me siento arrastrado por el deseo de hacer recorrer al lector los períodos de tu vida de poeta, para que se vean las distantes fases de tu estro, y no me es posible extenderme más.

Con dolor guardo silencio frente á tus composiciones épicas: y no puedo insertar aquí algunas estrofas de aquellos versos con que levantabas el aliento de la Patria á la hora del conflicto, con que llorabas sus desastres, y con que ensalzabas sus victorias.

Hay en tu númen algo de los grandes rios que brotando de veneros desconocidos bajan de las altas cimas, recorren valles, campos y pueblos para ir á morir en el mar.

Como el Nilo que en sus inundaciones fecunda el suelo estéril del Egipto y da vida á una nacion, tú has derramado en la tuya las ondas irritadas de tus nobles pasiones, y el pensamiento vivificador del amor á la Patria.

Con la majestad de la epopeya has cantado la libertad de la República, y

con las doloridas notas de la elegía has llorado la muerte del que tú habias arrancado de sus garras, de Juarez, ante cuyo cadáver gritabas:—"*¡en pié, Señor!*"—como si fueras á sacarlo vivo de la fosa.

Y no sólo defendias la causa que siempre defendiste, la de la democracia, con tu voz épica, sino que con el epígrama, con la poesía ligera y con el verso lleno de sarcasmo y burla, pusiste un estigma de fuego en la frente de los enemigos de la Patria.

Hay letrillas tuyas que azotaron como un latigazo á un clero infidente, á los traidores y á los fanáticos.

Tu cancion intitulada *Los Cangrejos* fué la cancion de guerra de los soldados de la Reforma, y al resonar sus estrofas marchaban irresistibles los desnudos hijos del pueblo, barriendo á los brillantes soldados de la religion.

Tú, Guillermo, con tus sarcásticas canciones diste la peor de las muertes, la del ridículo, á esa aristocracia de pega que nos dejó aquí la época colonial,

á esa aristocracia ligada con todas las traiciones, mendiga de todos los despotismos, de rodillas frente á las dictaduras militares, temblorosa ante toda idea de libertad, y refractaria á toda cultura y educacion.

¿Qué familia podia ostentar su adhesion á Maximiliano y ser afrancesada despues de tus versos del "*yerno francés?*"

En el prólogo que pusiste á los dos tomos de tus "*Versos inéditos,*" dices que no quisiste recurrir al padrinazgo de un prólogo ageno por no comenzar pidiendo una limosna de alabanzas, como quien remite un album para que le digan piropos.

Entónces tenias razon, porque tú *editabas*, como se dice, tus propias obras. Pero ahora que nada tienes que hacer en la publicacion de los presentes versos, y que á mí no me has pedido que te haga prólogo alguno, no tienes derecho á protestar contra las alabanzas que te he tributado y las demás que se me antoja dirigirte aquí.

Sobre todo, Guillermo, que tú á nadie necesitas pedirle limosna de alabanzas, porque, lastímese quien se lastimare, y aunque se ofendan las grandes vanidades de los pequeños escritores, digo y diré siempre que eres el primero, por no decir el único, de nuestros poetas nacionales.

De veras, Guillermo, que al escribir el párrafo que he copiado se trasparenta, tras una modestia mal tejida, un arranque de legítimo orgullo.

No querias confundirte con los escritores noveles, ni con los aprendices de poeta que creen salvado su libro y que está reservado para la inmortalidad cuando alguno de los periodistas ó literatos reconocidos ya como tales, les firma un prólogo, como un *pase* para la gloria ó un *Visto Bueno* para la posteridad.

¡Y tú incidir en esa niñería!

Dejemos eso, y vamos á terminar este prólogo, que se ha hecho ya demasiado difuso.

Algunos renglones ántes aventuré la

aseveracion de que para mí eres el primero de nuestros poetas nacionales. Déjame explayar esta afirmacion, pues no quiero herir reputaciones literarias, tan justamente recenocidas.

Yo no digo que no haya habido ni haya entre nosotros poetas, y magníficos, que son la honra de México. Y en todos los estilos y en todos los géneros, la República ha tenido escritores que le han dado lustre y honra.

Y no te cito los de otros tiempos, porque tendria que insertar aquí una larga lista de poetas, de sábios, de oradores, de historiadores, de hombres de Estado, de periodistas y áun de novelistas y autores dramáticos.

Basta recordar tan sólo á aquellos que nos precedieron hace muy pocos años, cuyos nombres y cuyas obras aún no se traga el olvido, como Rodriguez Galvan, Calderon, Carpio, Pesado, Luis de la Rosa, Lafragua, Zarco, Ramirez, Riva Palacio, Altamirano, Mateos, Justo Sierra, el divino Acuña, Plaza, Cuenca, Malanco, Sosa, Luis G.

Ortiz, Negrete, Peza, Peon Contreras y otros cien á quienes ruego me perdouen si no consigno aquí sus nombres por la rapidez con que escribo.

Pero entre tanto genio, no encuentro uno cuyas obras tengan el estilo y el carácter fuertemente mexicano, para que sus autores merezcan el nombre de nacionales.

Como tampoco puedo hacer aquí un estudio de las obras de cada uno de los que te he citado, á grandes pincenla das te diré la razon por qué los juzgo como mexicanos ilustres, pero no como creadores de una literatura nacional.

Rodriguez Galvan, ese gran genio sacrificado por el estúpido desden de la sociedad en que vivió, que no perdia aún los rasgos de barbarie que le dejaron la dominacion colonial, Rodriguez Galvan tenia en sus magníficas producciones mucho del carácter de la literatura española de la decadencia.

Fernando Calderon, que era algo más mexicano en su estilo, fluctuaba entre Moratin y Breton en sus comedias, y

en sus dramas tiene enteramente un género español.

Pesado escribia en latin traducido al español, ó en español que quedaba en latin, como quieras, y se consagró al género religioso en la época precisamente en que la sociedad comenzaba á olvidar el eterno miserere con que el misticismo la habia enervado y adormecido por tanto siglo.

Carpio es bellísimo, valiente, correcto y ricamente modelado. Pero en las líneas tan rectas de su estilo tan puro, se vé tan sólo el talento con que las perfiló y se extraña la imaginacion que debió inspirarlas. Carpio es un clásico español, no es un poeta nacional. Seguia las reglas de Virgilio que queria que el poeta produjese su obra deforme y áspera, para tocarla y retocarla y pulirla despues, como la osa que pare á sus hijuelos monstruosos y cubiertos de pelo áspero, y á fuerza de lamerlos los deja lustrosos y brillantes.

Los escritores que han aparecido despues, en su mayoría se filiaron en

las distintas escuelas literarias de Europa, siguiendo su propio gusto artístico.

Es verdad que entre nuestros literatos contemporáneos se han destacado enérgicas personalidades, de líneas propias y originales, que nada copian de la literatura de ultramar.

Así es como Riva Palacio es el cronista de nuestra vieja era, el novelista de nuestra historia nacional, y el punzante caricaturista de nuestras deformidades políticas y sociales.

Así es como los versos de Altamirano, á pesar de que éste está empeñado en saturarse de helenismo, exhalan el aroma del líquen de la montaña, y traspiran los enervantes perfumes de las frutas y flores de la tierra caliente.

Así es como Mateos vierte á torrentes los tropos de su imaginacion exuberante en esos períodos cortos, hiperbólicos, conceptuosos, que en esta época de envidias le han producido los honores de la burla, pero que más tarde

le conquistarán el lugar que se merece en el aplauso de la posteridad.

Justo Sierra será siempre el condor que se levanta hasta el infinito batiendo sus alas de bronce y recogiendo en su inmóvil pupila los candentes rayos de un sol inmortal. Nosotros los pequeños que siempre tenemos un sarcasmo para los grandes talentos, romperémos nuestros dientes mordiendo las salientes asperezas del estilo de Justo y nos deleitarémos en remarcar sus defectos; pero nunca concebirémos una idea como las concibe Sierra, que me parecen un bloc tallado por el brusco buril de Miguel Angel, ó una agua fuerte de Rembrandt, ó el "Ahorcado," pintado con sépia por Víctor Hugo.

¿Qué te parece, Guillermo, esta imitacion del estilo de Justo Sierra? ¿Hay en esto algo que sea netamente mexicano?

Lo mismo podria decirte de muchos de nuestros poetas ó escritores. Pero no quiero recordarte lo que allá, hace algunos años, reproducian aquí los esti-

los de los pocos poetas que tuvo España en el efímero período de renacimiento, cuando parecia que entraba á la cultura del siglo, cuando producia á Espronceda, Larra, Zorrilla, Bermúdez de Casto, Mesonero Romanos, don Modesto de la Fuente y otros, y ántes de que volviera á caer en su habitual decadencia y á tal atraso que llegara á tener un Pérez Escrich y un Echegaray.

Y hoy, Guillermo, quién de nosotros no está criado en la escuela francesa?

Muchos de los que nos atrevemos á escribir para el público no valemos lo bastante para merecer figurar en un grupo literario, ni tener los honores de una crítica.

Otros verdaderos talentos que honran á México, piensan y escriben en francés.

Algunos nada más se toman la molestia de traducir á Arsenio Housaye ó á Julio Claretie y de poner al calce modestamente su firma.

Un poeta que haya trovado las

tradiciones pátrias, las leyendas del suelo, los combates de la raza, las costumbres del pueblo, su dialecto, sus trajes, sus vicios, sus hábitos, sus creencias y sus pasiones, sólo lo eres tú.

Dentro de medio siglo quien lea á Peon Contreras creerá que fué un poeta, y de los mejores, de Madrid. Dentro de medio siglo, el que lea á Juan de Dios Peza, tan dulce, tan fácil y tan fecundo, pensará que fué un vate europeo.

En el siglo venidero, los preciosos versos de Luis G. Ortiz se tomarán como versiones de algun clásico de la liberta Italia.

¿Y Facundo? ¿tú sabes quién es Facundo? José T. de Cuellar, á quien tengo que consagrar unas cuantas líneas, porque es uno de los pocos que han producido obras enteramente nacionales.

José T. de Cuellar ha pintado algunos cuadros admirables de costumbres méxicanas; su «*Linterna Mágica*» es una perfecta cámara fotográfica donde

ha sacado cuadros sociales de una verdad sorprendente, como el de la procesion de la Merced en «*Chucho el Ninfo*,» y las «*Posadas*,» y tipos exactísimos como el del *Gran Actor Nacional*, y otros.

Pero Facundo ha consagrado sus pequeños artículos á la clase média, desdeñando al lépero, al pueblo bajo, á esa gran masa que imprime su carácter á una nacion, y le da su propia fisonomía.

Te dejo, pues, el título de nuestro poeta nacional; al fin en esto no hago más que repetir el juicio del país entero.

¿No sientes, Guillermo, que un viento de gloria agita ya tus canas venerandas, y que una ráfaga de inmortalidad comienza á cintilar sobre tu inspirada cabeza?

Si me ha preocupado el respeto que me inspira tu vida consagrada á la Patria, si influye en mi juicio el afecto que me engendran tus trabajos en la Reforma, de la que fuiste uno de los

apóstoles, si me arrastra la admiracion que me causa tu genio, y si me arrebata el cariño que te profeso, que te juzgue México que se ha encarnado en tí, y de cuya alma tú eres el cantor.

Tu hermano

HILARION FRIAS Y SOTO.